

Historia 5—La Vida Infantil de Jesús

Jesús en su infancia vivió en una pequeña aldea de montaña. Él era el Hijo de Dios, y podría haber tenido cualquier lugar en la tierra para su hogar.

Habría sido un honor para cualquier lugar. Pero no fue a las casas de los ricos ni a los palacios de los reyes. Escogió morar entre los pobres en Nazaret.

Jesús quiere que los pobres sepan que Él comprende sus pruebas. Él ha soportado todo lo que ellos tienen que soportar. Él puede simpatizar con ellos y ayudarlos.

De Jesús en sus primeros años la Biblia dice: «El niño crecía, y se fortalecía en espíritu, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre Él». «Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres» (Lucas 2:40, 52).

Su mente era brillante y activa. Era de rápido entendimiento, y mostraba una reflexión y sabiduría más allá de sus años. Sin embargo, sus modales eran sencillos y propios de un niño, y crecía en mente y cuerpo como crecen los demás niños.

Pero Jesús no era en todo como los demás niños. Siempre mostraba un espíritu amable y desinteresado. Sus manos diligentes estaban siempre listas para servir a los demás. Era paciente y veraz.

Firme como una roca en defender lo correcto, nunca dejaba de ser gentil y cortés con todos. En su hogar, y dondequiera que estuviera, era como un rayo de sol alegre.

Era considerado y bondadoso con los ancianos y los pobres, y mostraba bondad incluso hacia los animales mudos. Cuidaba tiernamente de un pequeño pájaro herido, y todo ser viviente era más feliz cuando Él estaba cerca.

En los días de Cristo, los judíos dedicaban mucho cuidado a la educación de sus hijos. Sus escuelas estaban conectadas con las sinagogas, o lugares de adoración, y los maestros eran llamados rabinos, hombres que se suponía eran muy eruditos.

Jesús no asistió a estas escuelas, porque enseñaban muchas cosas que no eran verdad. En lugar de la Palabra de Dios, se estudiaban los dichos de los hombres, y a menudo estos eran contrarios a lo que Dios había enseñado por medio de sus profetas.

Dios mismo, por medio de su Santo Espíritu, instruyó a María sobre cómo criar a su Hijo. María enseñó a Jesús a partir de las Sagradas Escrituras, y Él aprendió a leerlas y estudiarlas por sí mismo.

A Jesús también le encantaba estudiar las cosas maravillosas que Dios había hecho, en la tierra y en el cielo. En este libro de la naturaleza veía los árboles, las plantas y los animales, y el sol y las estrellas.

Día tras día los observaba, trataba de aprender lecciones de ellos y de comprender la razón de las cosas.

Los santos ángeles estaban con Él y le ayudaban a aprender acerca de Dios a partir de estas cosas. Así, mientras crecía en altura y fuerza, crecía también en conocimiento y sabiduría.

Todo niño puede adquirir conocimiento como lo hizo Jesús. Debemos emplear nuestro tiempo en aprender solamente lo que es verdad. La falsedad y las fábulas no nos harán ningún bien.

Solo la verdad tiene valor, y esta podemos aprenderla de la Palabra de Dios y de sus obras. Mientras estudiamos estas cosas, los ángeles nos ayudarán a comprender.

Veremos la sabiduría y la bondad de nuestro Padre celestial. Nuestras mentes se fortalecerán, nuestros corazones se harán puros, y seremos más semejantes a Cristo.

Cada año, José y María subían a Jerusalén, a la fiesta de la Pascua. Cuando Jesús tenía doce años, lo llevaron con ellos.

Este era un viaje agradable. La gente viajaba a pie, o montaba en bueyes o asnos, y tardaban varios días en llegar. La distancia de Nazaret a Jerusalén es de aproximadamente setenta millas. De todas partes de la tierra, e incluso de otros países, la gente iba a esta fiesta, y los de un mismo lugar generalmente viajaban juntos, en una gran caravana.

La fiesta se celebraba cerca del final de marzo o del principio de abril. Era primavera en Palestina, y toda la tierra estaba brillante de flores y alegre con el canto de los pájaros.

Mientras viajaban, los padres contaban a sus hijos las cosas maravillosas que Dios había hecho por Israel en edades pasadas. Y a menudo cantaban juntos algunos de los hermosos salmos de David.

En los días de Cristo, el pueblo se había vuelto frío y formal en su servicio a Dios. Pensaban más en su propio placer que en su bondad para con ellos.

Pero no era así con Jesús. A Él le encantaba pensar en Dios. Al llegar al templo, observaba a los sacerdotes en su trabajo. Se inclinaba con los adoradores cuando se arrodillaban para orar, y su voz se unía a los cantos de alabanza.

Cada mañana y cada tarde se ofrecía un cordero sobre el altar. Esto era para representar la muerte del Salvador. Cuando el niño Jesús miraba a la víctima inocente, el Espíritu Santo le enseñaba su significado. Sabía que Él mismo, como el Cordero de Dios, debía morir por los pecados de los hombres.

Con tales pensamientos en su mente, Jesús quería estar solo. Así que no se quedó con sus padres en el templo, y cuando ellos partieron hacia casa, Él no estaba con ellos.

En una sala conectada con el templo había una escuela dirigida por los rabinos, y a este lugar, después de un tiempo, llegó el niño Jesús. Se sentó con los demás jóvenes a los pies de los grandes maestros y escuchaba sus palabras.

Los judíos tenían muchas ideas equivocadas acerca del Mesías. Jesús lo sabía, pero no contradijo a los hombres eruditos. Como alguien que deseaba ser enseñado, hizo preguntas acerca de lo que los profetas habían escrito.

El capítulo cincuenta y tres de Isaías habla de la muerte del Salvador, y Jesús leyó este capítulo y preguntó su significado.

Los rabinos no pudieron dar respuesta. Comenzaron a interrogar a Jesús, y se asombraron de su conocimiento de las Escrituras.

Vieron que Él entendía la Biblia mucho mejor que ellos. Vieron que su enseñanza era errónea, pero no estaban dispuestos a creer algo diferente.

Sin embargo, Jesús era tan modesto y gentil que no se enojaron con Él. Querían conservarlo como estudiante y enseñarle a explicar la Biblia como ellos lo hacían.

Cuando José y María salieron de Jerusalén en su viaje de regreso a casa, no notaron que Jesús se había quedado atrás. Pensaron que estaba con algunos de sus amigos en la caravana.

Pero al detenerse para acampar por la noche, echaron de menos su mano servicial. Lo buscaron por toda la caravana, pero en vano.

José y María estaban muy asustados. Recordaron cómo Herodes había tratado de matar a Jesús en su infancia, y temieron que algún mal le hubiera sobrevenido ahora.

Con corazones afligidos se apresuraron a regresar a Jerusalén; pero no fue sino hasta el tercer día que lo encontraron.

Grande fue su alegría al verlo de nuevo; sin embargo, María pensó que Él tenía la culpa por haberse separado de ellos. Dijo:

«Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia».

«¿Por qué me buscabais?», respondió Jesús. «¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?» (Lucas 2:48, 49).

Mientras pronunciaba estas palabras, Jesús señaló hacia arriba. En su rostro había una luz que los dejó maravillados. Jesús sabía que era el Hijo de Dios, y había estado haciendo la obra para la cual su Padre lo había enviado al mundo.

María nunca olvidó estas palabras. En los años que siguieron, comprendió mejor su maravilloso significado.

José y María amaban a Jesús, pero habían sido descuidados al perderlo. Habían olvidado la misma obra que Dios les había dado para hacer. Por un día de negligencia perdieron a Jesús.

De la misma manera, hoy muchos pierden al Salvador de su compañía. Cuando no nos gusta pensar en Él, ni orarle; cuando hablamos palabras ociosas, crueles o malvadas, nos separamos de Cristo. Sin Él, estamos solos y tristes.

Pero si realmente deseamos su compañía, Él estará siempre con nosotros. Con todos los que buscan su presencia, al Salvador le encanta permanecer. Él iluminará el hogar más pobre y alegrará el corazón más humilde.

Aunque sabía que era el Hijo de Dios, Jesús volvió a casa, a Nazaret, con José y María. Hasta los treinta años de edad estuvo «sujeto a ellos» (Lucas 2:51).

Aquel que había sido el Comandante del Cielo fue en la tierra un hijo amoroso y obediente. Las grandes cosas que el servicio del templo había traído a su mente estaban ocultas en su corazón. Esperó hasta el tiempo de Dios para comenzar su obra designada.

Jesús vivió en el hogar de un campesino, un hombre pobre. Fiel y alegremente cumplió su parte en ayudar a mantener a la familia. Tan pronto como tuvo la edad suficiente, aprendió un oficio y trabajó en el taller de carpintería con José.

Con la vestimenta tosca de un trabajador común, pasaba por las calles de la pequeña ciudad, yendo y viniendo de su trabajo. No usó su poder divino para hacer su vida más fácil para sí mismo.

Mientras Jesús trabajaba en la infancia y la juventud, se hizo fuerte en cuerpo y mente. Trató de usar todas sus facultades de tal manera que las mantuviera saludables, para poder hacer el mejor trabajo en cada área.

Todo lo que hacía, lo hacía bien. Quería ser perfecto, incluso en el manejo de las herramientas. Con su ejemplo enseñó que debemos ser industriosos, que debemos hacer nuestro trabajo con cuidado y excelencia, y que tal trabajo es honorable. Todos deben encontrar algo que hacer que sea útil para sí mismos y para los demás.

Dios nos dio el trabajo como una bendición, y se complace con los niños que cumplen alegremente su parte en los deberes del hogar, compartiendo las cargas del padre y de la madre. Tales niños saldrán del hogar para ser una bendición para los demás.

Los jóvenes que tratan de agradar a Dios en todo lo que hacen, que hacen lo correcto porque es correcto, serán útiles en el mundo. Al ser fieles en un lugar humilde, se están preparando para una posición más elevada.